

## JORNADA DE CONSILIARIOS y CONSILIARIAS ACO (2-3-2024)

### TESTIMONIO DE JOSEP MARIA PRATSOBRERROCA (Consiliario de Vic)

(Hablaré con el castellano de la Plana de Vic, un castellano que se ve claramente que es de la periferia).

Hacia los años 70-80 nosotros éramos los consiliarios laicos, y los grupos de la JOC, del MIJAC (=JUNIOR) y de la ACO y de otros movimientos de AC estaban llenos de militantes. Hacíamos RdV, Estudio de Evangelio, Jornadas de Formación, la Campaña y Campamentos de verano. Incluso se estableció un programa de formación para nosotros los consiliarios laicos. Este proceso ha ayudado a muchos militantes a vivir un estilo de vida guiados por un compromiso liberador, lleno de esperanza.

Por aquel tiempo sólo hacía falta abrir las puertas de los templos para ver cómo se llenaban de creyentes. Sin embargo estos últimos años el número de militantes, y de cristianos practicantes, se ha ido reduciendo progresivamente. En la Misa a la que voy, cuando somos veinte ya somos muchos. Pere Solà, en la revista *El Pregó*, habla de una Iglesia en vías de extinción. Las causas de este fenómeno no se han analizado a fondo, a veces parece como si no se quisiera ver.

Algunas causas y consecuencias:

No podemos pasar por alto los abusos sexuales y las corrupciones en el seno de la Iglesia. Unos tristes y lamentables hechos que han sido ampliamente magnificados por los medios de comunicación, con intención de silenciar la voz de la Iglesia. Los dioses de los mercados son dioses celosos. Con las denuncias de los abusos y la dependencia de las subvenciones han conseguido el silencio de nuestros pastores.

Parece como si el hombre fuese hecho para el sábado.

Ahora toda la acción de la Iglesia se concentra en el ritual de la Eucaristía. Ahora no hay ni se fomenta la relación personal, ni impulso de la caridad. Nos sentimos apesadumbrados en un papel de simples espectadores.

La Iglesia había sido siempre una percha firme de la cultura catalana, ahora es un elemento más de la españolización que nos cae encima.

Ha habido cambios en toda la sociedad.

Ahora se ha llenado toda la vida social de normas administrativas que hacen que la vida de las entidades de voluntarios, corales, grupos de teatro, equipos de deporte de base, y los movimientos también, sea casi imposible. Hay que presentar el estado de cuentas, y si uno quiere ser monitor de cualquier entidad, hay que sacarse el Certificado de delitos de naturaleza sexual. Fácilmente te pueden denunciar, y entonces has de demostrar tu inocencia. Las casas de colonias valían 100 pesetas, ahora valen 30 € cada noche. Todas las entidades sin ánimo de lucro y humanizadoras lo tenemos difícil. Estamos en la Europa de las multinacionales. Ellas dictan lo que se ha de creer. Macron quiere enviar jóvenes a Ucrania, a la guerra.

Hay que mentar también los espectaculares éxitos que se han conseguido en el mundo de la tecnología. Con pocos segundos nos podemos poner en contacto con gente que vive al otro lado del mundo. Nos podemos operar con un robot guiado por un médico situado a muchos kilómetros de distancia.

Se puede conseguir la imagen superrealista de una persona, sólo describiéndola a la inteligencia artificial. La técnica es uno de nuestros mitos; la ciencia ¿resolverá todos los enigmas? Lo leemos en la 1Co 1,22: unos piden prodigios, milagros, y los otros sabiduría, ciencia, demostraciones racionales, y nosotros predicamos un Mesías ejecutado legalmente como a un terrorista, que para unos es un escándalo y para otros, un absurdo. Pero nosotros creemos, que es poder y sabiduría de Dios para todos.

Las consecuencias de este cambio social y eclesial han sido variadas. Ahora el MIJAC y la JOC han desaparecido en nuestra diócesis y en el seno de la Iglesia hay un repliegue general hacia las sacristías.

José María Castillo lo formuló acertadamente: había que escoger entre religión y evangelio, entre ritualismo, doctrina, clericalismo e institución o un seguimiento radical de Jesús, fermento de profunda y auténtica humanidad. Se ha escogido claramente la primera opción.

Nosotros ya no somos consiliarios laicos y el esfuerzo por acompañar grupos ha sido como mucho tolerado, esperando que los movimientos se vayan muriendo solos. Se fomenta la adoración nocturna, las exposiciones del Santísimo y una fe centrada en las emociones individuales.

Se habla poco o nada del compromiso social de la caridad. Se olvida que “quien no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios a quien no ve”

Matan 40 personas en Melilla y sólo escuchó la voz del obispo de Tánger. Hay todavía un profundo y escandaloso genocidio en Palestina y el Santo Padre se encuentra solo defendiendo la paz.

Ahora ya no somos consiliarios laicos, se ha preferido ir a buscar sacerdotes en la otra parte del mundo antes de reconocer alguna responsabilidad a los laicos. Con pocas semanas de formación, jóvenes ordenados en África o Sud-América han pasado de sus países de origen a tener que presidir las comunidades de una gente que no conocen de nada. Y han tenido que ir a vivir a parroquias abandonadas desde hacía tiempo, que no obtendrían la célula de habitabilidad.

Estamos en una etapa profundamente clerical. Sin sacerdote no se puede hacer nada. Y los sacerdotes, el domingo por la mañana, llegan a una iglesia, disculpándose diciendo que lo han entretenido cuando salía de la misa que acaba de decir. Y al acabar marchará deprisa que hay que hacer unos cuantos kilómetros para ir al pueblo donde ha de decir la próxima... No cuesta mucho comprender que esta manera de hacer no genera comunidad. Ni vocaciones: ¿quién querrá hacerse sacerdote con estas expectativas?

Se continúa centrando toda la tarea de la Iglesia en el ritual de la Misa, dándole un valor casi mágico. Como si las palabras por si mismas tuviesen poder de salvación. Parece que no nos hemos acabado de creer el auténtico valor de la liturgia: el memorial del Señor.

Hacía pocas semanas que habían matado a Juan Bautista, su amigo desde que eran pequeños. Por tanto Jesús sabía que pronto lo detendrían y también sabía que Judas tenía contactos con el Sanedrín, y que los apóstoles se pelearían para ser los primeros. Sabía que si lo mataban, aquella pequeña semilla del Reino que había conseguido cuajar se moriría. Necesitaba un signo que ayudase a los discípulos a mantenerse unidos. Fue entonces que tomó el pan y les dijo: “Tomad y comed todos que este pan soy Yo”.

¿Creemos (no es una certeza sino una fe) que a la Iglesia la conduce el Espíritu de Jesús y que pronto volveremos a revivir la esperanza de un cielo nuevo y una tierra nueva?